

1.° de Octubre de 1907. Año IV. N.° 91.

Redacción y Administración: Plaza de San Ildefonso, 1. Apartado en Correos n.° 336.

La venganza.—Recuerdos de la guerra carlista

Algunos años antes de 1876, en que la fratricida lucha tuvo término, vagaba por los alrededores de Berga, en Cataluña, un famoso bandido, terror de los pacíficos aldeanos, á quienes tenía sacrificados con crímenes, amenazas y exacciones de todo género. Apodábanle *El Trinquet* y nunca pudo darle alcance la Benemérita, á pesar de su constante y bien dirigida persecución, pues para burlarla contaba no sólo con la complicidad de algunos campesinos, sino también con ingeniosos recursos propios, mediante los cuales, y cuando la Guardia civil iba á sus alcances, podía internarse en las fragosidades de la sierra por sitios de él sólo conocidos, para aparecer luego en aquellos campos á muchas leguas de distancia y de ese modo esquivaba caer en poder de las autoridades. Sin embargo, tan de cerca se le perseguía y tan comprometido se vió, que al cabo una vez su ocultación fué tan repentina y permanente que no se volvió á tener noticia alguna de él en mucho tiempo.

Una personalidad se destacó entre las demás por la firmeza y seguridad de sus pasos en la persecución: el sargento de la Benemérita Juan Urquízar. Hombre incansable é inteligente, puso todo su empeño en la captura; no lo logró á su pesar, pero al verse por él tan acosado el bandido, temiéndole más que al resto de sus perseguidores, buscó otro escenario donde no pudiera encontrarle, no sin jurarse tomar sangrienta y ejemplar venganza del mismo. Para cumplirla conservaba á guisa de recuerdo y acicate las cicatrices de alguna herida recibida en la persecución de que por parte de aquél había sido objeto.

***

Los primeros chispazos de la guerra carlista produjeron numerosos alijos de armas; uno de los puertos por donde más contrabando entraba era Port Bou, en la frontera francesa, corriéndose los contrabandistas hacia Rosas y aun á Palamós. Entre otros bravos y sufridos carabineros hallábase de servicio en aquella zona uno que había sido sargento de la Guardia ci-

vil y que continuaba ostentando ahora los mismos galones en el Cuerpo en que servía, y el cual no era otro que el antes citado Urquízar. Vicisitudes de la vida le habían llevado al nuevo Cuerpo. Siendo jefe de punto aprehendió un alijo de armas importantísimo y con el que se evitó el alzamiento de una numerosa partida carlista; sorprendidos los contrabandistas, muertos unos y presos otros, entre ellos mal herido el que capitaneaba aquella gente, hombre sanguinario y feroz, del que se contaban horrores, quedó tranquila aquella costa; verdad es que el escarmiento había sido duro y ejemplar.

Seguía la guerra por Cataluña más encarnizada que nunca y ya el feroz Savalls había llevado á cabo la sangrienta barbarie de Olot, donde fusiló á 108 carabineros. El jefe de los contrabandistas antes dicho, que después de curado halló el modo de fugarse de la cárcel, afilióse á la partida de Savalls, en la que se distinguió siempre por su odio á la Guardia civil y á los carabineros, cometiendo tales salvajadas, que así deben reputarse sus hechos, con los desgraciados que caían en sus manos, procedentes de uno ú otro Cuerpo, que decía riéndose bestialmente que aquellas tan lascivas como repugnantes é inconfesables violencias eran su mejor timbre, con el que respondía á la lucha noble y de frente que con él sostuvieran, y así quedaban pagados, y sobre todo, que lo había jurado y que los juramentos son sagrados.

Tenía el sargento su familia, constituída por mujer y tres hijos, en Puigcerdá, por tenerlos más seguros y más cerca, pues se hallaba al frente de un destacamento en uno de los fuertes de los más avanzados, teniendo á sus órdenes un puñado de hombres resueltos y dispuestos á todo; habían ya sufrido varios ataques furiosos de las hordas salvajes de Savalls, y en los cuales fueron cayendo aquellos bravos, sin que desmayara el ánimo, más que heroico, épico, de los tres ó cuatro que aún vivían.

Una mañana hermosa y templada, como suelen serlo en aquel país las de primavera, presentáronse de improviso ante el fuerte numerosas fuerzas carlistas, mandadas no por el sanguinario y execrable Savalls, sino por su teniente, más feroz que él y más miserable, que llevaba el apodo de *El Trinquet;* conducían fuertemente amarrados tres niños, el mayor de unos doce años, una niña de ocho y otro niño como de cinco á seis; los tres ostentaban señales evidentes de los malos tratos de aquellos salvajes, á quienes no conmovieron ni la debilidad ni el llanto de los pobres mártires inocentes. Una vez llegados frente al castillete, en cuya altura veíanse multitud de fusiles y roses de los carabineros muertos—extratagema del sargento para no dar á conocer á los carlistas la escasez de sus fuerzas—, *El Trinquet* llamó á grandes voces al sargento Urquízar, acompañado de los insultos más denigrantes y soeces. A sus destemplados gritos, acompañados por los aullidos de aquella chusma, entre la que se veían algunos curas, no respondió nadie; al poco tiempo se oyó la voz grave y serena, pero enérgica, del sargento, que le preguntó:

—¿Qué quieres?

—Soy *El Trinquet;* ¿te acuerdas? ¿Conoces á estos chicos?—dijo separando á varios salvajes que los ocultaban.—Pues si los quieres, dame el fuerte y tu vida; si no, te mandaré sus cabezas.

Nadie contestó.

Pasaron breves momentos, é impaciente el bandido, volvió á preguntar:

—¿Qué dices?—y viendo que la contestación no llegaba, volvió á increpar al sargento diciendo:

—¡Pues ahí van, ya que no vienes por ellos!

Y levantando el brazo, hundió su enorme cuchillo en el inocente pecho del mayor de los niños; pero tan instantánea como fué la puñalada, lo fué un disparo que hizo el sargento y que en el momento de bajar el brazo destrozó la cabeza del *Trinquet*, cayendo envueltos en sangre el verdugo y su víctima. Oyóse una descarga que mató á varios carlistas, y á la que contestaron éstos rabiosamente, pero faltos de su feroz jefe y sin objeto para ellos la toma del fuerte, dispersáronse dando alaridos y haciendo disparos aislados, á los que ya nadie contestó.

¿Qué fué del sargento?

Pues que en el momento de hacer el disparo que mató al *Trinquet*, cayó muerto, como si la misma bala le hubiera dado en el corazón.

Como Guzmán el Bueno, prefirió el cumplimiento de su deber antes que la salvación de sus hijos.

¡Honor y gloria para el sargento Urquízar, héroe ignorado de este hecho rigurosamente histórico!

G. Meléndez.

Sadismo brutal.

(Conclusión.)

V

Por la mañana le despertó el ruído que hacían sus padres al levantarse y arreglarse.

Menesclou se bajó de la cama y se vistió deprisa.

Le parecía que sus padres no concluían nunca; ardía en deseos de que se marchasen.

Por primera vez, en su afán de estar solo, se mostró previsor. Encendió él mismo el fuego y preparó el ligero desayuno de sus padres.

Su madre estaba, á la vez, sorprendida y encantada.

Y al marcharse y dejarle los cincuenta céntimos diarios para su comida de medio día, su padre le hizo esta reflexión:

—Hoy casi los has merecido.

Los padres se marcharon; Menesclou se creyó en el deber de principiar su siniestra labor.

Ante todo, entreabrió de nuevo la puerta de su cuarto y escuchó... Los últimos ruídos de los pasos de sus padres se perdieron por completo .. Escuchó todavía... Ningún ruído... Era el silencio... Era la soledad... Ya podría empezar.

Con gran precaución cerró la puerta. Luego se quitó sus zapatos y se puso las zapatillas. No quería que le sintieran pisar.

Entonces se aproximó á la cama, con un movimiento brusco retiró las cubiertas y las ropas y se apoderó del pequeño cuerpo... Estaba su víctima rígida, fría, ya amoratada; la colocó sobre su colchón...

Después empezó á desnudarla.

Pero los miembros estaban inmóviles; en la suprema inmovilidad de la muerte, no se prestaban.

El asesino luchó en vano.

Por un fenómeno curioso—pero observado bien á menudo—, temía romper los huesos... Y en seguida, lleno de rabia y deseando acabar, cogió un par de tijeras y empezó á cortar al través de las telas, á la ventura, poniendo al desnudo el pobre cuerpecito, que, en su desnudez, aparecía lastimoso, amarillo como una muñeca de cera...

Se aproximó á la estufa. . La llenó de carbón y la atizó con ligereza. La habitación se transformó en horno.

Pero reflexionó. Y fué en la chimenea donde quemó la ropa, toda tan pequeñita, que bien pronto se convirtió en cenizas...

* * *

El asesino había hecho su relato con voz entrecortada. . Y el juez había tenido varias veces que arrancarle de su mutismo.

Ahora calló de nuevo, la mirada fija como con espanto en la mesa donde estaban las piezas de convicción.

—Explíquenos usted—le preguntó M. Bagon—cómo se arregló para depedazar el cuerpo.

Menesclou se sobresaltó. Después sus ojos se fijaron feroces sobre el cuchillo, la sierra, la navaja de afeitar, el martillo y el hacha: sobre todos sus útiles de muerte, y los señaló con el dedo.

—Con eso—balbuceó.

Pero el juez insistió:

—¿Qué ha hecho usted en primer lugar?... Con la navaja cortó la cabeza... ¿Y después?...

Entonces Menesclou se decidió á hablar.

Fué á buscar en un cajón la navaja de su padre... En seguida cortó la cabeza... No quería ver más los ojos medio abiertos de la pequeña muerta. Tenía miedo... La navaja cortaba bien... De un golpe cayó la cabeza.

Y precavido hasta el fin en su siniestra labor, para evitar que la sangre corriera, cogió la cabeza con gran precaución, la llevó hacia el hornillo y la metió en él á la fuerza.

En seguida, para acabar más pronto de hacer desaparecer el cadáver, además de la estufa encendió el hornillo de cocina.

Y en tanto que no veía la mirada fija de su víctima, se sentía más tranquilo... Y para ponerse de corazón al trabajo, lió y encendió un cigarrillo.

Después, ayudado de un cuchillo mellado, desarticuló los miembros... En seguida con una sierra cortó los huesos... Después con el martillo los trituró.

Como un carnicero, ante el mostrador, corta y prepara la carne destinada al consumo, el monstruo acumulaba á su alrededor los pedazos de carne.

VI

A medida que despedazaba, iba poniendo cada parte del cuerpo cortado en el fogón.

Pero á pesar de la actividad que desplegó, tuvo necesidad de esperar á que el fuego hiciese su obra. La carne chilla, pero se consume difícilmente. Y él estaba espantado de la horrible labor que no se acababa.

Y podían volver.., sorprenderle .. Uno á uno los echó entonces en el fuego.

Pero un humo acre y sofocante llenó la pieza... Un olor nauseabundo de carne quemada le llegó á la garganta; eran los intestinos que se consumían.

Este olor podía traicionarle... Un vecino podía enterarse... prevenir á la señora Deu... Era necesario hacer un cambio... Puso un pedazo de cuero bien á la vista sobre el hornillo ..

Después trató de borrar las señales del despedazamiento .. Lavó las manchas de sangre, que á pesar de todas las precauciones que tomó, había salpicado el suelo .. Y cambió de camisa, porque la que llevaba tenía unas señales sospechosas.

Entonces se creyó á cubierto de la suposición, y lió un nuevo cigarrillo... Sin duda cuando sus padres llegasen, el fuego había consumido los restos del cuerpo.

Pero reflexionando, creyó poder apresurar por otros medios la desaparición... Cogió algunas vísceras y se fué á echarlas por el retrete.

El juez le interrumpió en este momento:

—No fué al azar como usted metió tal ó tal parte del organismo. Se ha encontrado un brazo y una pierna. Asimismo se guardó usted, muy bien de echar los miembros Eligió usted las partes blandas, y que debían descomponerse, desaparecer...

El acusado guardó silencio.

Allí descolló, en efecto, su desconcertante lucidez. Porque después, en la autopsia, no encontrarían ni el bazo ni el páncreas, ni las vísceras...

Los hombres de ciencia notaron también la desaparición del cuello y de los órganos genitales.

—¿Qué fué de ellos?—interrogó el juez.

Menesclou se obstinó en un mutismo completo.

El juez le preguntó si no había querido al hacer desaparecer esas partes del organismo borrar todas las señales de su doble crimen: la estrangulación y el atropello.

—Yo la maté, pero no hice otra cosa—insistió Menesclou.

Y de este círculo no pasó jamás.

VII

No obstante los esfuerzos del juez, el asesino rehusaba dar mayores explicaciones. Por último, fué á su celda á arrancarle una amplia confesión, pero siempre se resistía; no pasaba del probado asesinato, jamás concedía que había ejecutado ninguna otra cosa.

Ni exhortaciones, ni amenazas, ni ruegos consiguieron cambiar su actitud. Fingiendo unas veces imbecilidad, otras sordera mayor que la que padecía y algunas locura, procuraba por estos medios esquivar las respuestas Difícilmente se emplearán nunca mayores recursos para conseguir una confesión.

La presentación del asesino frente á los mutilados miembros de su víctima es siempre eficaz; á este medio se apeló también, llevándole á la Morgue; una impasibilidad absoluta se mostró en su fisonomía, desconcertando completamente á quienes tal prueba presenciaban.

Las de su culpabilidad fueron tan claras y manifiestas, no obstante, que el jurado no vaciló un momento y le condenó á muerte.

Durante el tiempo de la tramitación del proceso dió muestras de una impasibilidad absoluta. Cuando el director de la prisión, acompañado de los magistrados y del capellan, despertaron al condenado para conducirle al patíbulo, tuvo un momento de desfallecimiento.

—Levántese usted—le dijo el director.

Menesclou obedeció como un autómata.

Algunos minutos después, la gran puerta de la prisión se abrió para dar paso al siniestro cortejo.

Un clamor general se produjo entre la masa popular que lo presenciaba.

Sostenido por los ayudantes del verdugo avanzó el monstruo, se aproximó al horrible aparato y sin conmoverse, sin el menor gesto de terror ni de arrepentimiento, se arrojó sobre la báscula de la guillotina, y cayó su cabeza de un solo golpe, como cuando de un solo golpe también decapitó á su pobre víctima.

Estrangulada y quemada.

En Istres se ha cometido un crimen repugnante por las circunstancias de que ha sido rodeado y por el ensañamiento que representa.

La víctima era una anciana llamada Mme, Anduois, vivía en despoblado, y unos desalmados criminales la sorprendieron; fácil les fué quitar la vida á aquella caduca mujer.

Después amarraron con cuerdas su cadáver, hicieron una pira de leña y allí le echaron.

Su intento fué quemar el cuerpo de su víctima, y al efecto dieron fuego á la leña, que rápidamente produjo imponentes llamas, y creyendo ya borrado su crimen, se alejaron.

No sucedió así, porque las llamas se apagaron y el cuerpo de la víctima quedó al descubierto á medio carbonizar, con lo que el crimen no quedó impune, pues dió margen á dar con los asesinos, que pagarán como merecen su cobarde alevosía.

Pocas veces se habrá visto una precocidad en el crimen mayor que la que acaba de poner de manifiesto la vista de una reciente causa en París. Según ella, el jefe de la partida que á diario realizaba toda clase de robos era un niño de nueve años llamado Pablo Bossé, y el campo de acción preferido, la casa de fieras. En tanto que algunos individuos de la banda llamaban la atención del público sobre las gracias y movimientos de los monos y los osos, Bossé se aproximaba á las señoras absortas en la contemplación y les robaba el portamonedas y cuanto podía.

Así ha realizado infinitos hechos, cuyo descubrimiento no ha sido posible hasta ahora y á fuerza de redoblar el servicio de vigilancia de los agentes de seguridad.

* * *

Todo requiere en el mundo estudio previo, hasta el suicidio. Por no haber entrado como factor para él, hasta ahora, la dinamita, si no es en muy pequeña escala, salen algunos casos *bastante desiguales*. Un austriaco, cansado de la vida, apeló, para quitársela, á aquel explosivo, y sólo logró llevarse la punta de la nariz. Indudablemente la obra se resiente de falta de ensayos.

Espantosa situación.

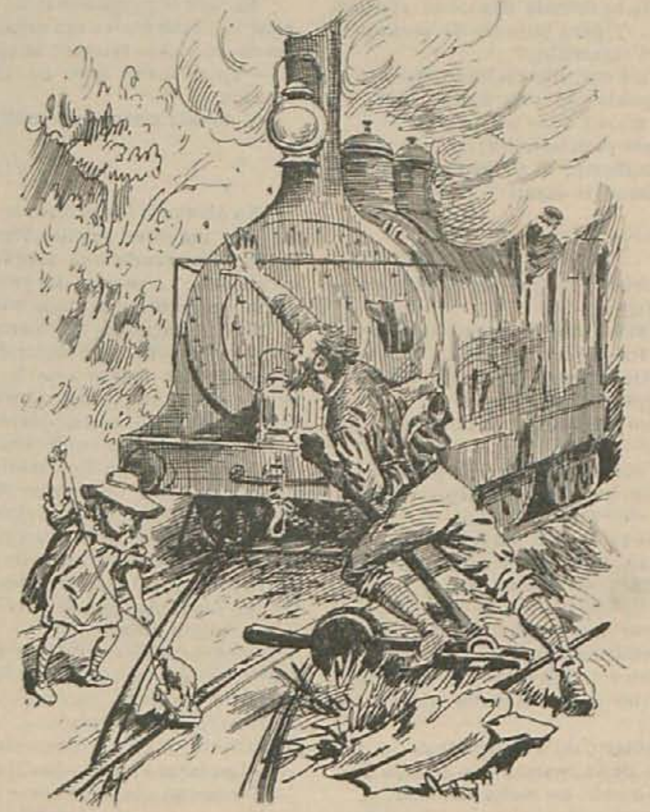
Es la realidad de la vida más variada en situaciones trágicas que las que puede concebir la más fecunda imaginación del más fogoso de los dramaturgos.

Lo que vamos á relatar, y el héroe que hemos de dar á conocer, no pasarán á la posteridad, porque el suceso se ha desarrollado en el cumplimiento de un deber, sin ocasión de los esplendores de la popularidad y porque el héroe es un pobre hijo del trabajo.

Mr. Wood es guardaagujas en las proximidades de una estación de Londres; tenía una preciosa hija de cuatro años de edad; por las agujas á su cargo pasan al día multitud de trenes con pasmosa celeridad, y en el momento de nuestro relato llegaba un exprés á 80 kilómetros por hora. Wood, fiel á su obligación, fué á coger la palanca de cambio, que había de hacer tomar al convoy una ú otra línea.

El tren llegaba bufando, sólo algunos metros le separaban del punto del cambio de dirección; ya el guardaagujas tenía empuñada la palanca, cuando aterrado percibe que su única hija, la niña de cuatro años que decimos, se hallaba sonriente jugando en la misma vía que debía tomar el tren que se echaba encima.

En un momento Wood se dió clara cuenta de lo terrible de la situación. Si movía la palanca, lanzaba el tren sobre su hija y la mataba seguramente; si no cambiaba la dirección, el tren, tomando distinto camino, iría á chocar con otro de diferente línea, la catástrofe sería terrible; cientos de seres pagarían con sus vidas la salvación de la pequeñuela que sobre la vía se entretenía en sus inocentes juegos.



Dos sentimientos encontrados se desarrollaron á un tiempo en el cerebro del pobre Wood: el sentimiento del deber, que si lo desoía, causaría la muerte de centenares de viajeros, y el sentimiento paternal, que si no lo escuchaba, le convertía en el propio verdugo de su hija.

¿Hay nada más espantoso? ¿Hay novelista que haya soñado con algo más trágico? Nosotros no recordamos nada que se le parezca, y sin embargo, viene la realidad, la fría realidad, á demostrarnos que en el mundo de los hechos hay más interés que en la fantasía de los escritores. La resolución que hubiera de adoptar Wood tampoco podía dar aguardo; sólo de segundos disponía, y cuando la locomotora entraba en el mismo cambio, oyó al deber, y aferrando con hercúlea fuerza al extremo de la palanca, mandó el tren por la vía normal; sus ojos espantados le vieron un momento precipitarse sobre el cuerpecito de su hija, que reía, y después no vió ya nada, cayó desplomado presa de un vértigo.

¡Qué ajenos los que se alejaban en el tren de que un humilde había hecho el sacrificio de la vida de su querida hija en beneficio de ellos!

Un criminalista del siglo XVII

Las modernas ideas criminológicas tienen el privilegio, entre otras ventajas, de no ser siquiera originales. Desde el respectivo punto de vista en que cada tratadista se coloca, todos vienen á parar á una conclusión común: la de que en cada delincuente hay un enfermo y en que es preciso curarlo.

En forma mucho más compendiada y asequible á la inteligencia, que lo hacen los modernistas, expuso el padre jesuíta Andrés Mendo, en el siglo XVII, esta misma teoría, respondiendo más que á fantasías y elucubraciones de los escritores del día, á convencimientos propios, como resultado de grandes y concienzudas observaciones.

En el curioso libro que trata de este asunto dice:

«Son los castigos la medicina de las enfermedades sociales y según son los achaques se aplican los medicamentos. Los jueces son médicos que han de recetar la medicina con sus sentencias.»

Entre otras afirmaciones sienta la de que «el castigo se da porque se pecó y para que no se peque»: «el castigo proporcionado, aunque sea atroz, es debido y no puede quejarse de él aun el mismo castigado, pues cuando cometió la culpa se sujetó á la pena».

«El juez, cual sabio médico procure con suavidad curar la dolencia de los súbditos. Sígase la reprensión al aviso y el castigo á la reprensión, aplicándole, como medicina, sin enojo, *que nadie se enoja con el enfermo á quien cura*.

»Cárguese la pena sólo en quien cometió la culpa porque no padezca la justicia. La primera parte de ésta es la igualdad: desnúdese el juez de los afectos; sean todos unos en su juicio, el amigo, el conocido, el compañero, el poderoso y el extraño, el nunca visto y el desvalido; guardará su justicia á los miserables y enfrenará el orgullo de los poderosos.»

«Delirio fué —dice— de los estoicos, el que todas las culpas eran iguales, cada una tiene su pena propia. *La sangre violentamente vertida se castiga con sangre;* la avaricia, con pena pecuniaria; la ambición, con afrenta; la falsa calumnia, con la pena de talión. Justo es que sienta en sí el delincuente el daño que hizo á otros, para que la experiencia del mal mismo sea en su cabeza público escarmiento.

»Los castigos muy ligeros no bastan á aliviar las dolencias graves; antes las irritan que las moderan. Muchas veces se irritan y acrecen las enfermedades con remedios inoportunos y los delitos se irritan con castigos demasiados.

»Deben atajarse los delitos con presteza, que crecen con exceso no castigándolos.»

Larga sería la enumeración de sus juiciosas máximas: con las copiadas basta para comprender que un alma sana, un espíritu recto y un carácter entero, sirven para marcar el rumbo que han de seguir las corrientes educadoras y represivas á que han de someterse los delincuentes.

La atracción del crimen.

Al observar y sentir la evidente protección que el campesino y aun el propietario andaluz dispensan al bandidaje que asola de cuando en cuando aquella hermosa zona, nos hemos preguntado si esta depravación moral es exclusiva de tal comarca ó si obedece á algo superior á la voluntad misma que en tamaña falta incurre.

En realidad, un ligero estudio del caso confirma que el hombre de todas las latitudes, y singularmente la mujer, á despecho de las teorías y de los principios de la moral y del derecho, se inclina, quizá á pesar suyo, del lado de quien barrena los fundamentos del orden social y le rinde idolatría.

El pueblo más disciplinado del mundo, el pueblo alemán siente adoración por los asesinos y los ladrones; manifiestan las alemanas recientemente su entusiasmo llenando de flores la celda del lúbrico y sanguinario abogado Karl Han, después de haber repleto de dinero al famoso zapatero que, fingiéndose capitán, se apoderó de los fondos municipales de una población cercana á Berlín; 60.000 marcos y muchas demandas matrimoniales constituyen el signo más elocuente de cuanto decimos.

Antes los piratas, los contrabandistas, los ladrones obtenían únicamente este favor popular; hoy no es ya necesario luchar sobre la cubierta de un barco, forzar la línea de los carabineros ni sostener combate con la Guardia civil ó su similar en los campos; el heroísmo de esas hazañas ha cesado de ser exigible Basta con disparar á traición sobre una pobre vieja unos cuantos tiros, porque no ha cedido á exigencias metálicas, ó bien ejecutar un robo, más ó menos carnavalesco, para excitar la emoción del elemento femenino, especialmente, hasta un punto tal como no lo consiguieron jamás los nombres más gloriosos en la literatura, en la milicia, ni en las artes.

Toda la pasión de aquellas damas se exalta por un hombre sin educación ó por el que teniéndola, su cultura le hace más culpable precisamente, porque es inútil sostener que la instrucción no moraliza; las estadísticas de los presidios demuestran que los campesinos iletrados y la golfería de las poblaciones componen el mayor efectivo de los penados.

Pero es que la mujer alemana, en el caso del abogado referido, ve atraída su atención por la aureola especial que le da el ser afortunado amante pasajero de numerosas jóvenes, entre las que estaba comprendida su cuñada.

Una verdadera fiebre de curiosidad acompaña á todas las causas de naturaleza escandalosa, y bajo este concepto, parece que todo pudor va desapareciendo del mundo. En Italia, cuando el proceso de Mauri, hubo locura por conocer detalles de la acusada, á la vez incestuosa, adúltera y envenenadora En New-York, la pasión por la historia del millonario Thaw, que mató al primitivo amante de su mujer, no ha cesado todavía; en Francia, bien reciente está el caso de Soleilland, que ha llevado con ansia ciega á las gentes al Tribunal. Hasta los magistrados mismos dan á estos actos una solemnidad y una importancia que no conceden á procesos que la tienen mayor.

A fuerza de multiplicarse tales crímenes, de darles publicidad, comentarlos y sazonarlos con salsas más ó menos picantes, estas crisis de la nerviosidad concluyen por producir una especie de costumbre en el pensar; y el gusto del crimen se hace endémico y cotidiano, como en la Edad Media, sin que los nuevos ideales de la vida los debilite, desgraciadamente; lo único que hacen es cambiarlo de pretextos y de excusas

Como en los tiempos más primitivos é ignorantes, el peligro y la sangre nos atraen; los ejercicios gimnásticos arriesgados solicitan nuestras miradas, las corridas de toros, de espectáculo nacional, pasan á ser fiestas aplaudidas de gran parte de pueblos; los cataclismos, las escenas de muerte, los dibujos y películas que las representan, los debates en el jurado por hechos monstruosos, la presencia en el mismo del culpado, que como eligió otra víctima pudo tomarnos á nosotros por tal, despierta nuestra animalidad y hace latir el corazón con apresuramientos inesperados, incomprensibles y, desde luego, censurables; lo que debiera inspirarle repulsión, engendra no sé qué sentimiento de admiración y de simpatía...

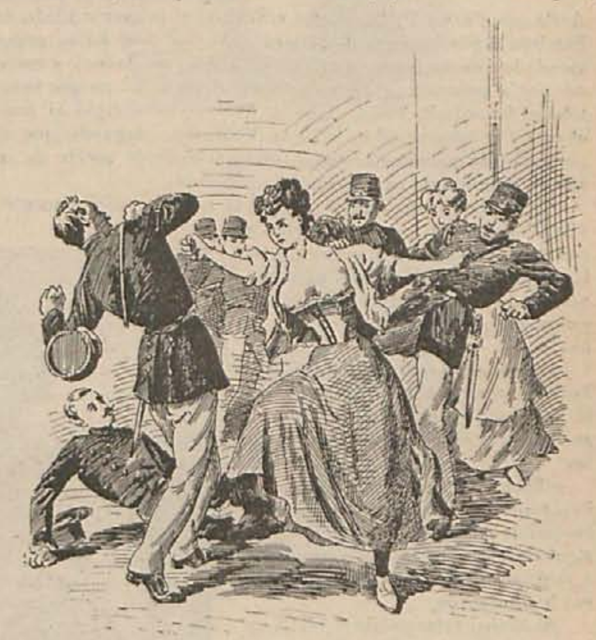
El mundo prospera, pero hay desequilibrio evidente entre el mejoramiento material y la perfectibilidad moral, pues ésta, doloroso es decirlo, avanza poco ó nada.

Manos blancas.

Recomendamos á los feministas que se fijen en la proeza que acaba de realizar una *sílfide* de París.

Flor Branquenot, heroína de todas las *broncas* del barrio, armó una *regular*.

Dos agentes trataron de detenerla, y Flor, no dándose por convencida, la emprendió á bofetadas y puñetazos con los dos,



dejándoles malparados; acudieron otros dos, y luego otra pareja; con los seis luchó denodadamente, causándoles lesiones á todos.

Ya en la comisaría, el comisario Faonet la sometió al interrogatorio de rúbrica, pero la amazona interrumpió el diálogo policíaco, propinando al comisario tan tremenda patada en el estómago, que la digestión se ha hecho muy difícil por largo tiempo. Gran esfuerzo costó reducirla á la obediencia, mas al fin se consiguió.

Ya no cabe dudar que los feministas tienen razón; con hembras de este temple, es imposible negar á la mujer el derecho de sufragio, á la cátedra, á la abogacía, á las armas, ni á ser *mozos de cordel*.

Prueba original.

Por las inmediaciones de Arpajón, paseaba en bicicleta una joven y agraciada señora, cuando en un recodo del camino la salió al paso otra mujer, que la hizo caer de su montura.

Era la querida de su marido, que la aguardaba alevosa para agredirla.

Como lo pensó, lo realizó, y esgrimiendo un puñal, lanzóse sobre ella, apuñalándola.

No hubo testigo alguno y Mme. Lenoir se presentó al juez, dándole cuenta de la agresión de que había sido víctima.

Para prueba llevaba aún clavado en la mano un puñal que se la atravesaba, que fué suficiente para luego constituir prueba, por averiguarse de quién era.



XXVII
Rodrigo de Valero.

Quince días habían transcurrido desde la audiencia de Juan de Avila con Carlos V. De vuelta á Sevilla, el primer cuidado de Esteban fué informarse de Dolores, á la cual José había encomendado que no fuera jamás sin él á casa de Juana, y como no podía presentarse en el palacio inquisitorial en que habitaba el favorito de Pedro Arbués, Esteban se dirigió al anochecer á la taberna de la «Buena Ventura», juzgando que el alguacil ó su hermana podrían informarle de la suerte de su amada y de lo que pasaba en la Inquisición.

Cuando el joven Vargas llegó á la taberna, sólo encontró á la Chapa en su cocina arreglando con diestra mano los diferentes manjares que preparaba á sus parroquianos, de los cuales aún no había ninguno, porque todavía no era hora de cenar.

De vez en cuando se separaba del hornillo para ir á mirar la calle y ver si llegaba alguien; después volvía á su chanfaina murmurando entre dientes:

—Esta es la hora en que los trabajadores han concluído su faena y los frailes sus sermones. Vamos—prosiguió ella—, despachemos, pues van á venir aquí como una nube de pájaros hambrientos.

Al acabar estas palabras, vió á un joven caballero envuelto en una capa, que se dirigía hacia la taberna. Retrocedió la Chapa para dejarle el paso libre, y el caballero entró y pareció satisfecho de encontrarse solo.

Separó un banco y sentóse, dando las espaldas á la puerta, delante de una de las largas mesas que amueblaban ese inmundo reducto.

—¿Qué desea su señoría? —preguntó la Chapa con aquella voz dulce y argentina que distingue á las mujeres de Andalucía, y cuyo encanto aumenta en razón de la buena traza del caballero á quien se dirigen.

—Tráeme una jícara de chocolate—respondió Esteban quitándose el sombrero de anchas alas que cubría su hermosa cabeza, y colocándolo á su lado.

—¡Qué caballero tan hermoso!—pensó la andaluza esmerándose en servirle lo mejor posible.

Cuando hubo puesto delante de él la jícara, el vaso de agua y los azucarillos, mirando Esteban á la tabernera con confianza y amistad, le dijo llamándola por su nombre:

—Siéntate cerca de mí, Chapa, hoy te necesito mucho.

—¿A mí, señor? -dijo admirada—; ¿cómo es posible esto, y qué puedo yo por vuestra señoría?

—¿Conoces tú á la señorita doña Dolores, hija del gobernador de Sevilla?

La hermana de Coco miró á Esteban pasmada.

—Ignoro lo que queréis decir, señor—respondió ella—, no conozco á la persona de que me hablais.

—Tú la conoces, y conoces también al apóstol—dijo Esteban que conoció que la respuesta de la tabernera era sólo dictada por la desconfianza.—Pues bien, Chapa, nada temas, el apóstol es quien me envía, y desea saber si Dolores está aún en la casa en que su reverencia el padre José la había ocultado... Habla pronto—prosiguió Esteban notando la palidez repentina que cubrió las morenas y frescas mejillas de la joven andaluza.

La hermana de Coco, en vez de responderle, se levantó bruscamente y corrió hacia la cocina, exclamando:

—¡Ah! ¡Dios mio! Al momento soy con vos, señor, que rebosa la olla.

En este momento abrióse la puerta de la taberna y entró Coco vestido de alguacil; y detúvose admirado de ver aún tan poca gente en su casa; pero después de haber reconocido á Esteban, se pintó en la inquieta fisonomía del tabernero una expresión triste y penosa.

—Por fin, vos me contestaréis—dijo el joven—; pues en vano he interrogado á vuestra hermana, que nada quiere decirme. Sentaos á mi lado, Coco, y decidme, por Dios, lo que ha pasado desde el día en que dejé á Sevilla.

La Chapa, llena de curiosidad, se había adelantado hasta la puerta de la cocina.

Acercóse el alguacil á Esteban y mantúvose en pie delante de él con aire bastante embarazado.

—¡Hablad por fin!—exclamó el joven Vargas—; ¿tal vez está enferma mi amada?

—Señor caballero—respondió el alguacil con embarazo—, en verdad no me atrevo...

—¿Qué significa esto? ¡Dios mio!—preguntó el joven con impetuosidad.

Bajó el alguacil la cabeza y no respondió.

Levantóse Esteban con un movimiento desesperado, y corriendo hacia la hermana de Coco, tomóle las manos, que apretó con fuerza, diciéndole con angustia:

—Habla tú, Chapa; ¿qué se ha hecho la hija del gobernador? ¿está viva ó muerta? Sea lo que quiera, responde; lo quiero saber todo.

La Chapa, que reventaba por decirlo, miró entonces á su hermano como para consultarle.

—Bien puedes hablar—dijo Coco comprendiendo esta mirada—por mí; yo no tendría valor; habla, hermana mía; es el novio de la señorita.

—Señor caballero—dijo entonces la Chapa sobrecogida de una timidez excesiva, calculando el dolor que iba á causar—; al menos, prometedme no afligiros demasiado.

—Pero en fin, ¿qué hay?—exclamó Esteban con indecible angustia.

—Señor, vuestra novia...

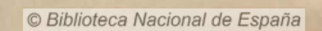
—¿Y bien, qué...?

—Está...

—¡En dónde! ¡pronto! ¡por todos los santos del cielo!

—En la Inquisición—respondió la Chapa con voz baja y temblorosa.

—¡Oh!—exclamó Esteban golpeándose la frente—¡yo debía habérmelo figurado! ¡un dominico!...



—Caballero—dijo vivamente el alguacil—; no culpéis al padre José, que es inocente en todo esto.

Pero las protestas de Coco no eran suficientes para destruir las prevenciones de Esteban. Culpóse amargamente de haberse confiado á un fraile joven; y como solemos echar á otros la culpa de las desgracias que nos suceden, se achacaba á sí mismo, lo que en su concepto era una imprudente confianza de Juan de Avila.

—¿Tú habrás visto á mi amada?—dijo á Coco—; pues que tú estás muchas veces de servicio en esa abominable cárcel.

(Continuará.)

Servicios.

Siempre activa, siempre celosa, la Guardia civil, en todas partes y bajo todos aspectos, prodiga sus auxilios á los necesitados. El teniente jefe de la línea de Falset (Tarragona), D. Pablo Riera, y el cabo comandante de aquel puesto, D. Venancio Andrés, juntamente con los guardias D. Francisco Piquer, D. Andrés Carrasco, D. José Gallego, D. José Hernández y D. Segismundo Rodríguez, con ardimiento inusitado y venciendo toda clase de dificultades, lograron extinguir un voraz incendio que se declaró en los bosques de algunos particulares de la localidad, evitando tal vez la miseria de los pueblos comarcanos. Una contusión y el deterioro de las prendas fué el mejor signo de la fe con que trabajaron, por lo que merecieron el aplauso del vecindario y se hicieron acreedores á recompensa.

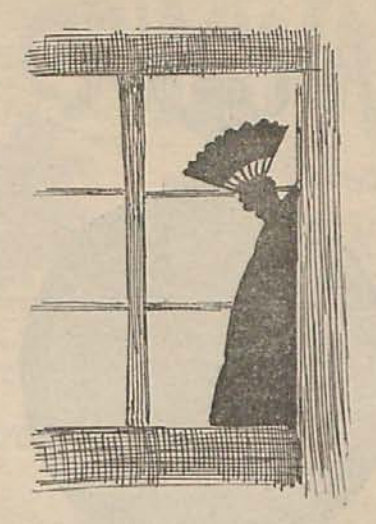
***

El activo comandante del puesto de Casas del Castañar (Cáceres), D. José Mandado Alvarez, acompañado de los guardias del mismo D. Ignacio Martín Pastor y don Eleuterio Benavente Len, han realizado un hermoso servicio.

En el Rebollar, barriada de aquel término, había asesinado brutalmente á su mujer un vecino del mismo, sin que al principio se creyera en la existencia de un crimen; las pesquisas realizadas por la citada fuerza y los trabajos incesantes de varios días continuados, dieron por resultado el esclarecimiento del hecho y la detención del culpable, que ha sido puesto á disposición de las Autoridades.

Felicitamos á los que de tal modo contribuyen al castigo de los criminales.

Nota cómica



¡Qué hermosa es!

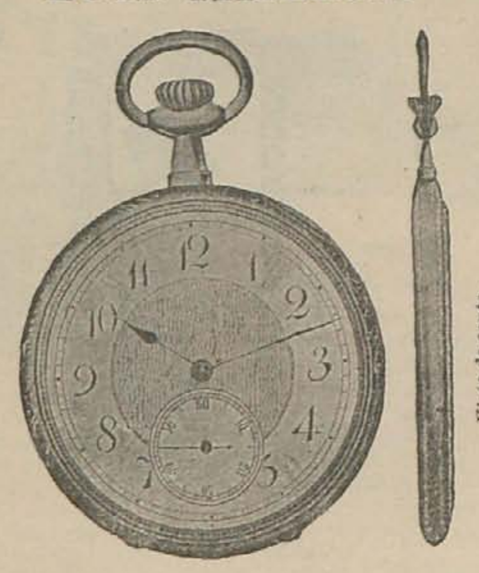


¡Cielos, qué veo!

Gran Relojeria de París.

LUIS THIERRY

Fuencarral, 59.—Madrid.

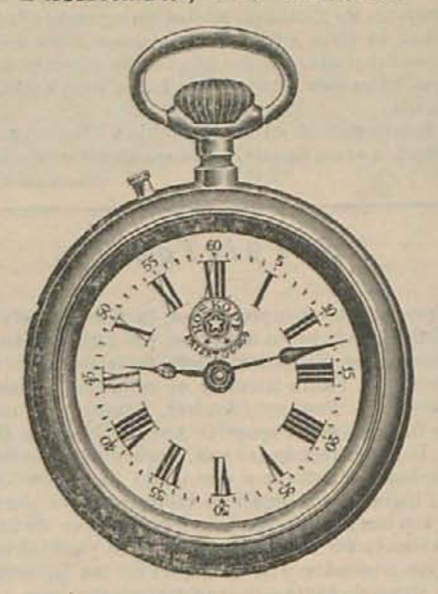


Nuevo reloj.

La novedad presentada por el Sr. Thierry, obtendrá seguramente extraordinaria aceptación.

El reloj **Victoria** es de metal blanco, forma Luis XV, con la corona chapeada de oro, modernista, extraplano, casi del canto de un duro, de rica ornamentación al dorso, incrustada en esmalte sobre fondo negro; esfera dorada, canto artísticamente cincelado y maquinaria perfecta, caja inalterable, **26 pesetas.**

En 4 plazos.



El reloj Roskopf Patent, garantizado

Verdadero y legítimo.

En tapa acero con asa chapeada oro, **35 pesetas.**

En níquel puro, el mismo precio.

Idem en extraplano, gran novedad, **40 pesetas.**

En 5 plazos.

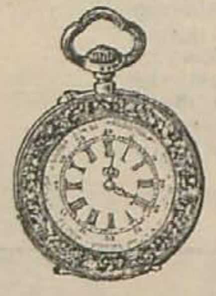


¡NOVEDAD!

Reloj de señora azulado, adamasquinado, con incrustación plata inalterable, **32 pesetas.**

Máquina superior extra, **37 pesetas.**

En 5 plazos.



Gran novedad.

En el deseo de complacer á nuestros numerosos parroquianos, hemos conseguido, por medio de las grandes manufacturas *suizas*, la fabricación del reloj de oro, de señora, que representa nuestro grabado. Es de oro bajo de 7 quilates, en lugar de 18, que es el oro de ley, y sin embargo, no se diferencia del verdadero en su color y belleza, que conserva siempre.

Lo ofrecemos á un precio sumamente barato, teniendo en cuenta además que se trata de un reloj de verdadera fantasía y buena máquina, caja de oro bajo, 7 quilates, guardapolvo interior de metal símil oro, **40 pesetas.**

Idem con doble tapas, **48 pesetas.**

En 5 plazos.



Magnífico reloj de señora, de plata dorada, con fondo relleno de perlas, máquina superior, **39 pesetas.**

Nota. Este reloj no es de doble tapa, y su dibujo indica la parte de atrás.

En 5 plazos.

Advertencia.—Todos los relojes de la Casa van acompañados de su estuche con la marca LUIS THIERRY, quien los mandará certificados, con aumento de 1,50 los de caballero y una peseta los de señora. Va franco de porte y embalaje; los relojes de pared ó sobremesa, hasta la estación más próxima.—**No olvidar de indicar la estación para evitar errores ó retraso en los pedidos. Los pedidos á L. Thierry, calle de Fuencarral, 59, Madrid. Apartado de Correos núm. 364.**

MADRID.—Imp. de R. Rojas, Campomanes, 8.—Teléfono 316